

## Capítulo sexto

### Planeamiento, visualización y libertad de acción del comandante operacional

*Sebastián Carlos Latorre*

#### Resumen

El principio clausewitziano de lo militar subordinado a lo político fue la premisa que moldeó el pensamiento castrense moderno en Occidente.

Doscientos años después de que la obra de Clausewitz viera la luz, su vigencia se ha mostrado inalterable en esencia, a pesar de que muchos pensadores del arte militar contemporáneos hayan proclamado su obsolescencia. El reciente conflicto generado por la invasión rusa a Ucrania evidenció la vigencia de estos postulados.

La historia nos demuestra también que el manejo de esa relación dominante de lo político sobre lo militar constituye un factor determinante en la resolución de los conflictos bélicos. Son múltiples los ejemplos que exponen que cualquier interferencia en esa dependencia conduce inevitablemente a la derrota.

Cuando lo militar se impone a lo político, la guerra deviene en un fin en sí mismo; se pierde la noción del propósito que direcciona el acto violento, el conocimiento del porqué se lucha y la capacidad de evaluar hasta dónde tiene sentido el esfuerzo bélico.

En contrapartida, cuando la política invade los límites de la conducción operacional propiamente se desvirtúan las acciones militares, que pierden su coherencia y coordinación en orden al fin establecido.

### Palabras clave

Comandante Operacional, Visualización, Intermediación, Libertad de acción, Planeamiento.

### Operational Commander's planning, visualization and freedom of action

#### Abstract

*The Clausewitzian principle of the military subordinated to the political was the premise that shaped modern military thought in the West.*

*Two hundred years after Clausewitz's work came to light, its validity has remained essentially unchanged, even though many contemporary thinkers of military art have proclaimed its obsolescence. The recent conflict generated by the Russian invasion of Ukraine evidenced the validity of these postulates.*

*History also shows us that the handling of this dominant relationship between the political and the military constitutes a determining factor in the resolution of armed conflicts. There are a lot of examples that show that any interference in this dependency leads to defeat inevitably.*

*When the military prevails over the political, war becomes an end in itself; the notion of the end that directs the violent act, the knowledge of why it is fought, and the ability to evaluate the extent to which the war effort makes sense are lost.*

*On the other hand, when politics invades the limits of operational leadership, military actions are distorted and loses their coherence and coordination to achieve the established goal.*

#### Key words

*Operational Commander, Visualization, Intermediation, Freedom of action, Planning.*

## 1. Introducción

El análisis de los conflictos armados recientes posibilita entender cómo los escenarios que se presentan en la actualidad exigen una mayor capacidad de autodeterminación en el comandante de nivel operacional, puesto que los desafíos que enfrenta han superado largamente la lógica lineal de causa-efecto y son de tal grado de complejidad que obligan a maximizar su soberanía dentro del teatro de operaciones. El comandante debe entonces obrar orientado por la intención política, pero no aprisionado por esta.

El estudio profundo de la historia militar y, más específicamente, de las últimas experiencias obtenidas en Iraq e Afganistán permiten intuir la existencia de una relación directa entre la visualización del teatro por parte del comandante, su capacidad de intermediación y la transformación esperada de la realidad.

Lo expuesto se ve también reflejado con claridad en la reciente invasión a Ucrania, donde la evidente desatención al nivel operacional de la guerra demostrada por la máxima conducción política rusa ha producido un impacto directo en el desarrollo de la campaña, lo que explica en gran parte la imposibilidad de haber obtenido los objetivos planificados en los tiempos previstos.

La mencionada relación tripartita aporta también los rasgos más importantes que determinan el matiz que adoptarán las operaciones y en cuya gestión eficiente es donde se pone a prueba la capacidad del comandante operacional, puesto que en su persona se materializa la clave para el éxito o el fracaso entendidos como elemento que traduce el interés del máximo nivel político en acciones que deben ser ejecutadas por el mínimo nivel táctico.

Las herramientas de las que dispone el comandante operacional son la visualización y la libertad de acción, aplicadas ambas al planeamiento, así como su capacidad de intermediación para ajustar la realidad del teatro a las necesidades que impulsaron la ejecución de la acción bélica en primer lugar.

La visualización se entiende como la capacidad reflexiva que anticipa intelectualmente la secuencia ordenada de acciones que permiten esbozar una solución inicial al problema al que está siendo sometido el instrumento militar. La primera batalla de la guerra, y la que probablemente tenga mayor impacto en el desarrollo de la campaña, tiene lugar precisamente en ese momento, cuando ambos comandantes se enfrentan en la elaboración antagónica de esa concepción preclara mucho antes de realizar el primer disparo.

Como ejemplo de esto podemos afirmar que la victoria francesa en la renombrada batalla de Austerlitz, durante la Tercera Coalición, no fue ganada por el violento ataque al centro enemigo del mariscal Soult, sino cuando el talento inigualable de Napoleón, mucho antes de haber emplazado el primer cañón, visualizó como factor de éxito abandonar al enemigo los Altos de Pratzen, creando en ellos una debilidad de su fortaleza.

La visualización, que alcanza el brillo máximo con el genio napoleónico, debe ser perfeccionada por medio de un proceso de planeamiento lo suficientemente preciso para permitir el análisis de todas las variables que intervienen en la situación, pero que al mismo tiempo sea lo bastante flexible como para no comprometer la indispensable libertad de acción.

## 2. Vinculación dirección política–conducción militar en los escenarios bélicos actuales

La reciente invasión rusa a territorio ucraniano ha devuelto al centro de la escena mundial un escenario que parecía lejano: la guerra interestatal en Europa continental.

Más allá de las causas profundas o coyunturales que han desatado el conflicto armado, es posible utilizar este ejemplo actual para ahondar en el análisis de un aspecto particular de la guerra que se mantiene constante en su esencia como es la relación entre su dirección política y su conducción militar.

Sun Tzu, en su célebre tratado sobre estrategia desarrollado hace más de 2500 años, advierte ya esta relación esencial al postular que «la guerra es de vital importancia para el Estado; es el dominio de la vida o de la muerte, el camino hacia la supervivencia o la pérdida del Imperio: es forzoso manejarla bien» (Tzu, 2003: 4)

Estos postulados fueron después recogidos y profundizados por Nicolás Maquiavelo en su célebre *El príncipe* o por Carl von Clausewitz en el tratado militar más influyente de la historia contemporánea, lo que evidencia lo universal y perenne de estos conceptos.

El conflicto ruso-ucraniano nos acerca también la posibilidad de analizar la dirección de la guerra desde dos sistemas políticos que se presentan antagónicos como es la democracia occidental de carácter liberal representada por Ucrania y la autocracia rusa como forma de gobierno en la cual la voluntad de una persona es ley suprema, según la definición de la Real Academia Española.

Para adentrarse en el estudio de la relación tensionante entre dirección política y conducción militar es ineludible referirse a la obra de Clausewitz, que puede ser considerada un punto de partida común en la temática.

Su obra constituye el primer tratado que busca dotar de una teoría universal a la guerra como fenómeno social que, «aunque es una acción destructiva, es una actividad humana más y que, aunque siempre tiene episodios incontrolables, es susceptible de cierto control por parte de los hombres» (Reinel Sánchez, 2004: 3).

Clausewitz sustenta su teoría en el elemento distintivo que tipifica a la guerra en su esencia misma y que él define como un duelo, puesto que la guerra «no es más que un combate singular ampliado» (Clausewitz, 2014: 17)

Una interpretación más profunda de esta analogía entre guerra y duelo la ofrece José Fernández Vega (2005: 142-143) al postular que:

«El duelo no pretende mostrar la guerra tal como ella es, sino poner en manifiesto alguno de sus elementos mediante una ficción teórica encarnada en una figura individualista y física. En efecto, aquí solo se trata de imaginar la guerra como un conflicto entre dos individuos, cada uno de los cuales busca modificar la conducta de la otra a la medida de la propia voluntad».

A partir de la lucha como elemento esencial, Clausewitz va constituyendo los componentes que, integrándose, dan forma y estructura a la guerra. De este modo, define la dirección de la guerra como la «ordenación y dirección de la lucha» y a los combates como «un número más o menos grande de actos individuales y completos en sí mismos» (Clausewitz, 2005: 80).

Escalando estos conceptos, introduce una primera distinción sobre las actividades que la conforman, que son «ordenar entre sí y dirigir esos combates y vincularlos entre sí para los fines de la guerra. Lo uno se llama táctica y lo otro la estrategia» (Clausewitz, 2005: 80).

Profundizando en esta concepción, define a la táctica como «la doctrina de las Fuerzas Armadas en el combate y la estrategia como la doctrina del uso de los combates para los fines de la guerra» (Clausewitz, 2005: 81).

Esta teoría universal postulada por Clausewitz constituye la base del pensamiento militar moderno occidental. Sin embargo, su interpretación permite justificar concepciones antagónicas en base a la complejidad de sus conceptos y su carácter de obra no finalizada.

En este sentido, Valdés Guía (2021) presenta la existencia de dos partes bien diferenciadas en la obra del pensador prusiano que van de la mano del derrotado de la experiencia bélica más impactante del siglo XIX, la campaña napoleónica.

Clausewitz inició el desarrollo de su tratado deslumbrado por la eficiencia del instrumento militar diseñado y conducido por Napoleón Bonaparte, que lo impulsó a concebir la idea de que la guerra absoluta y la destrucción de las Fuerzas Armadas enemigas como medio de obtener un resultado decisivo constituía el fin último de la guerra (Valdés Guía, 2021).

Sin embargo, la derrota final de Napoleón en Waterloo y la reconfiguración del equilibrio de poder de las potencias europeas en el Congreso de Viena de 1817 produjo en Clausewitz una revisión profunda de los conceptos basales sobre los que estaba sustentando su obra.

A partir de allí, orienta su teoría bajo un nuevo principio de sujeción de la guerra a una entidad superior que la controla y dirige, lo que dio lugar a su célebre definición de que «la guerra no es más que la prosecución del tráfico político con otros medios» (Clausewitz, 2005: 668).

Se materializa entonces una transformación en su pensamiento: pasa de la guerra como un absoluto autónomo que no tiene restricción en su tendencia al extremo a la guerra como un instrumento más a disposición de una entidad superior, la política, que la constriñe a unos límites determinados por ella misma.

La infortunada muerte de Clausewitz en pleno proceso de revisión de su obra a la luz de este nuevo paradigma de supremacía de la política permite que pueda ser interpretada de manera divergente.

La existencia de estas dos versiones del pensamiento clausewitziano no implica una negación mutua, sino que se comprende en el marco de una evolución donde este paradigma final de la guerra como instrumento de la política es ampliamente aceptado (Valdés Guía, 2021).

Sin embargo, las diferencias de interpretación se acentúan de acuerdo con el grado de influencia que debe ejercer esa ascendencia política. Mientras una corriente postula que la influencia debe limitarse solo al establecimiento de los objetivos que se pretenden obtener con la guerra, la otra proclama la intervención política a cada momento del acontecer bélico.

La conciliación entre la autonomía bélica y la dependencia política constituye, para Aron Raymond (1987), el punto determinante del pensamiento militar moderno y, como tal, es el principio que motiva el presente trabajo.

A modo de antítesis, Michel Foucault (1992: 29) plantea exactamente lo opuesto al afirmar que «la política es la guerra continuada por otros medios» y agrega en el mismo sentido que «el derecho es una cierta manera de continuar la guerra».

El filósofo francés sustenta su postulado, que transforma el axioma de Clausewitz, en que las relaciones de poder entre distintos actores tienen un origen definido en la historia y que tienen relación directa con el resultado de un enfrentamiento bélico.

La política ingresa en la ecuación como un factor destinado a maximizar en el tiempo el sostenimiento en la paz de las relaciones de poder que se establecieron en el campo de batalla y, cuando la política pierde la capacidad de sostener esto, se inicia una nueva guerra para reevaluar esas relaciones.

Este razonamiento implica admitir que la guerra precede en su praxis a la política y que esta última es solo un instrumento con el que la guerra se expresa.

El pensador también sostiene su argumento en que «en un sistema político, las luchas políticas, los enfrentamientos relativos al poder, con el poder, para el poder, las modificaciones de las relaciones de fuerza deberían ser interpretados solo como la continuación de la guerra» (Foucault, 1992: 30).

Esto implica que si la política se convierte en el instrumento para perpetuar la realidad surgida del campo de batalla e impuesta por el vencedor, implícitamente se reconoce que el vencido buscará por la política obtener los fines que no pudo alcanzar en la guerra.

Como último aspecto en que sostiene su argumentación postula que «la decisión definitiva solo puede venir de la guerra, es decir de una prueba de fuerzas en la cual, finalmente, solo las armas deberán ser los jueces» (Foucault, 1992: 30).

Sin embargo, Clausewitz expuso de reiteradas maneras en su obra que la política es el ente superior que se sirve de la guerra para alcanzar unos fines que le obedecen a ella.

Es así como determina que «la guerra es un acto de violencia para obligar al enemigo a hacer nuestra voluntad» y, como tal, «la violencia es pues el medio, imponer nuestra voluntad al enemigo, el fin» (Clausewitz, 2014: 17)

La supremacía de la política sobre lo militar está dada desde su origen mismo porque:

«Se presupone que reúne en sí y equilibra todos los intereses de la administración interior, incluso de la Humanidad, y todo lo demás que el entendimiento filosófico puede expresar, porque la política no es nada en sí misma, sino un mero administrador de todos esos intereses contra otros Estados» (Clausewitz, 2014: 670).

Del mismo modo, agrega que «la subordinación del punto de vista político al militar sería absurda, porque la política ha engendrado la guerra; ella es la inteligencia y la guerra solo es el instrumento, y no al revés» (Clausewitz, 2014: 670)

Profundizando en estos conceptos, Valdés Guía (2011) plantea que «la guerra no es una realidad al servicio de la política, sino una realidad política y que, por tanto, no recibe el influjo limitador de la inteligencia política como algo externo, sino como algo interno a su propio ser».

Para tratar de materializar los conceptos expresados hasta el momento se pretende su identificación en el marco del enfrentamiento armado contemporáneo entre Rusia y Ucrania.

Rusia se enfocó en llevar a cabo un tipo de guerra convencional ofensiva de carácter limitado que le permitiese obtener sus objetivos sin enfrentar las consecuencias de una guerra abierta generalizada.

Para Ucrania, en cambio, se libra una guerra de supervivencia donde se pone en juego su existencia misma como Estado, tanto es así que se compromete la totalidad de los recursos e instrumentos a disposición para conseguir la preeminencia.

Es posible advertir también cómo algunos conceptos de Clausewitz (2014) —que son, en esencia, extemporáneos— permiten comprender de mejor manera la situación de Rusia en su empresa militar actual.

En su tratado, dedica el capítulo vigésimo primero de su séptimo libro a analizar las características de una guerra de invasión, donde es principalmente importante lo referido a las debilidades que enfrenta una Fuerza que penetra en la profundidad del territorio enemigo.

La primera causa de debilitamiento que se debe analizar será entonces la referida a la hostilidad del teatro bélico en territorio enemigo, lo cual obliga a la ocupación efectiva de parte del terreno conquistado. De igual manera, la profundidad del avance es directamente proporcional a la extensión, y por tanto vulnerabilidad, de sus líneas de comunicación y de sus flancos estratégicos (Clausewitz, 2014).

Una segunda causa de debilitamiento propia de una guerra de invasión como la llevada a cabo por Rusia se encuentra en que el avance de la ofensiva aleja a las fuerzas de sus fuentes de sostenimiento (Clausewitz, 2014) al igual que el agua que se desplaza por un tubo pierde presión a medida que se aleja del grifo.

Tras el ataque inicial y la penetración en el territorio ucraniano por varios puntos en el norte, este y sur, el avance ruso comenzó a ser víctima de su propia progresión y perdió la capacidad de hacer frente a la hostilidad del teatro exponiendo sus flancos estratégicos a las reacciones ofensivas de las fuerzas armadas ucranianas.

Del mismo modo, la extensión del avance fue separando las fuerzas de sus bases de sostenimiento, lo que provocó serias limitaciones logísticas que tuvieron un impacto directo en la capacidad operacional.

Prueba de ello fue el estancamiento del célebre convoy kilométrico ruso sobre la carretera al norte de Kiev durante la primera semana de marzo, poco más de diez días después de iniciarse la operación.

Finalmente, y quizá la más significativa de todas las causas de debilitamiento en este escenario, es el cambio en el contexto político que Clausewitz relacionó con la necesidad de estimar adecuadamente cómo la acción ofensiva victoriosa de un Estado grande sobre uno pequeño provoca la aparición de «muchos protectores si se está amenazando su existencia» (Clausewitz, 2014: 628)

El apoyo manifiesto de prácticamente la unanimidad de las democracias liberales occidentales a Ucrania, materializado en ayuda

militar directa principalmente de Estados Unidos y los países miembros de la Unión Europea, es una prueba de ello.

Se procura ahora considerar el devenir de este enfrentamiento teniendo en cuenta esa relación tensionante entre dirección y conducción de la guerra con las características propias de los sistemas políticos antagónicos enfrentados.

Para iniciar esta comparación es necesario volver a Clausewitz (2014: 33) en otra descripción trascendental de la guerra:

«La guerra es una fantástica trinidad compuesta de la violencia originaria de su elemento, el odio y la enemistad — que han de considerarse un ciego instinto elemental—, del juego de las probabilidades y del azar —que la convierten en una libre actividad del espíritu— y de su naturaleza subordinada de herramienta política, que la hace caer dentro del mero entendimiento».

Seguidamente, el filósofo prusiano le asignó un responsable a cada uno de estos conceptos «la primera de esas tres caras está más vuelta hacia el pueblo, la segunda más hacia el general y la tercera más hacia el Gobierno» (Clausewitz, 2014: 33)

La concepción trinitaria de la guerra puede ser considerada el punto culminante del pensamiento de Clausewitz puesto que expresa inequívocamente la diferenciación entre el jefe del Estado y el jefe militar, y la relación de subordinación del segundo sobre el primero (Aron, 1987).

La implementación de esta trinidad tanto desde la perspectiva rusa como desde la ucraniana es un sólido punto de partida inicial que permite comprender cabalmente el desarrollo de la contienda y su situación actual.

Es posible advertir que la valoración de estos factores trinitarios y las relaciones que entre ellos se desarrollan están intrínsecamente ligadas al régimen político observado por el Estado que la implementa (Thauby Garcia, 1996).

Para clasificar a Rusia y a Ucrania en cuanto a su nivel democrático se considera el sistema de toma de decisiones colectivas, en cuanto esté integrado por personas que accedieron a través de unas elecciones periódicas y limpias en una competencia libre de candidatos donde el derecho a voto es universal en toda persona adulta (Schumpeter, 1994).

De acuerdo con esto, Ucrania reviste las condiciones para ser considerado un Estado democrático y, como tal, el empleo de la trinidad clausewitziana tiene una aplicación particular.

Analizando el factor pueblo, este tiene una importancia trascendental puesto que, más allá de darle sentido a la causa por la cual se lucha e insuflar pasión, ejerce también un marcado control del Gobierno al exigir veracidad en la información que se le brinda.

El pensamiento popular, materializado en la opinión pública, ostenta en la actualidad una capacidad de incidencia sobre las decisiones de los Gobiernos inédita en la historia.

Esta influencia se puede manifestar tanto como apoyo o como oposición, y el cambio entre uno y otro obedece a una serie de factores racionales y emocionales muy difíciles de predecir (Larson, 1996).

En el caso ucraniano, el apoyo popular a la causa de la lucha es casi total, exceptuando regiones del Donbás que tienen una historia y una afinidad prorrusa muy acentuada.

Asimismo, la continuidad de la resistencia en todo el frente, que incluso llega al extremo en ciudades como Vasilkov, Jarkov, Mariupol o Bakhmut, son una muestra significativa de la voluntad de lucha del pueblo ucraniano y de los esfuerzos que está dispuesto a soportar.

En relación con el factor Gobierno en la trinidad, es el encargado de aportar el raciocinio al conflicto armado y de determinar cuándo el empleo del instrumento militar es el medio adecuado para los cambios pretendidos en la situación existente.

En el caso de Ucrania, el Gobierno como factor ha dispuesto de un elevado margen de acción que le ha permitido gestionar exitosamente la pasión aportada al conflicto a través del pueblo con la acción volitiva eficaz de sus Fuerzas Armadas.

El caso del presidente Volodymir Zelenski como jefe de Estado es paradigmático en cuanto ha consolidado, a través de su figura, el apoyo a la causa nacional de la gran mayoría de los países del mismo orden democrático.

Finalmente, las Fuerzas Armadas, como último elemento de la triada, son las que aportan un razonamiento ordenado para encauzar la situación más caótica a la que puede ser sometido el ser humano en orden a unos fines que le son impuestos.

En este marco, el instrumento militar perteneciente a Estados democráticos también se encuentra sujeto a mayores restricciones políticas en cuanto sus acciones son seguidas en tiempo real por la sociedad y los efectos provocados con su actuación pueden derivar en presión social.

Las Fuerzas Armadas ucranianas han tenido hasta el momento un desempeño en el conflicto que excede ampliamente al más optimista de los cálculos previos.

En este sentido, la voluntad de lucha, sostenida en una guerra de supervivencia, ha compensado el diferencial tecnológico y numérico que disponía el instrumento militar de la Federación Rusa.

Desde el mismo momento en el que se inició la invasión ha ejecutado operaciones altamente móviles con una rápida concentración y desconcentración de fuerzas que negaba a las fuerzas rusas la posibilidad de concentrar sus esfuerzos.

Se caracterizaron también por un máximo aprovechamiento de las condiciones meteorológicas, así como de la propia fisonomía del teatro, que produce la canalización de las vías de aproximación a los grandes centros urbanos, y, por ende, se torna poco favorable para el empleo en masa de fuerzas blindadas.

Pasando ahora al análisis de la aplicación de los factores trinitarios en la Federación Rusa, es necesario advertir que a la misma no le aplica la definición de Estado democrático propuesta por Schumpeter (1994), ya que su sistema se orienta más a la figura de la autocracia con una concentración del poder en pocas personas y sometidas a un marco regulatorio muy laxo.

Esta categorización de Estado no democrático impacta también en la forma en que se relacionan los factores de la trinidad y las consecuencias que esto produce.

Analizando inicialmente el factor pueblo en este tipo de Estados no democráticos, su importancia viene dada por su aprobación o consentimiento genuino a la voluntad política de su Gobierno. Esto obedece mayormente al férreo control que despliegan sobre la población.

Más allá de las suspicacias que generan algunos instrumentos de medición que pueden ser fácilmente manipulables, es posible advertir que el pueblo ruso aprueba la gestión del presidente Putin y la denominada operación militar especial en Ucrania.

En cuanto al factor Gobierno en Estados no democráticos, su potencial político radica en la capacidad de mantener la homogeneidad de la opinión pública en favor de sus intereses. Esta homogeneidad puede ser sostenida ya sea por el convencimiento popular o por imposición coercitiva del Gobierno.

Rusia presenta el paradigma de confluencia de estas dos variables, puesto que el Gobierno ruso, si bien ha quedado aislado en el concierto internacional, dentro de su país ha podido legitimar sus actuaciones como consecuencia de incentivar una causa de hondas raíces en el sentimiento nacional como es la defensa ante un enemigo occidental que busca su desaparición.

A modo de ejemplo, la figura 1 presenta el porcentaje de aprobación de la gestión del presidente Vladimir Putin, que en marzo de 2023 se ubica próximo al 82 % de la población y alcanza los niveles del año 2017 antes de impopular reforma previsional.

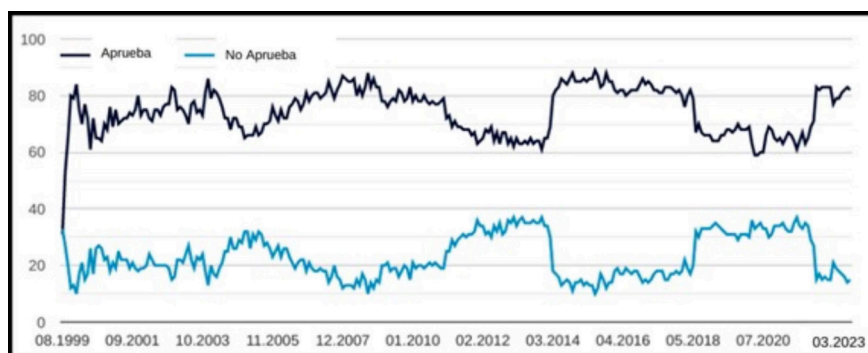


Figura 1. Porcentaje de aprobación del Gobierno ruso. Fuente: Levada, 2023

Es llamativo también que, tal como se puede apreciar en la figura 2, el indicador que muestra la evaluación de la situación del país ha alcanzado un pico histórico y ha logrado el mejor porcentaje desde que el presidente Putin llegó a la presidencia.

El factor Fuerzas Armadas en Estados no democráticos se encuentra próximo a su identificación con el sector Gobierno; cuando las Fuerzas Armadas en comunión con el Gobierno reivindican causas que son propias del pueblo, legitiman su existencia como factor de poder; cuando se alejan de esto se convierten en instrumentos de represión.

En el caso de las Fuerzas Armadas rusas, antes del inicio de las operaciones ostentaban la reputación de ser las segundas más



Figura 2. Evaluación de la situación del país. Fuente: Levada, 2023

desarrolladas del mundo, con capacidad de despliegue global y vasta experiencia recogida en escenarios como la guerra en Siria. Sin embargo, estas consideraciones iniciales no se vieron refrendadas con el desempeño durante la invasión propiamente dicha. El ambicioso plan de penetración profunda por varios ejes tuvo que adaptarse a la consolidación de las regiones prorrusas que limitan con su frontera.

Entre los problemas que enfrentan las fuerzas rusas en Ucrania se pueden destacar una cultura de mando y control excesivamente rígida, carencia práctica en los niveles de mando y la falta de mandos subalternos (Frías Sanchez, 2022)

Se pretende ahora establecer los objetivos políticos de cada uno de los contendientes, ya que esta finalidad política como motivación primaria será trascendental para determinar tanto el objetivo militar que se pretende alcanzar como la magnitud del sacrificio que se está dispuesto a llevar a cabo para obtenerlo (Clausewitz, 2014).

Con la salvedad de que esta determinación de objetivos políticos se hace desde la perspectiva del observador, es posible considerar que los fines perseguidos por Rusia eran negar la expansión de la OTAN sobre su área de influencia, establecer en Ucrania un Gobierno de carácter prorruso y asegurar la anexión del Donbás y la integración definitiva de la península de Crimea.

Desde el punto de vista de Ucrania, se infiere que su objetivo político está asociado a asegurar la supervivencia del Estado y su integridad territorial. El hecho que sus objetivos están intrínsecamente ligados a su propia existencia no hace más que confirmar la magnitud del sacrificio que se está dispuesto a realizar para obtenerlos.

La concepción política de la guerra que se emprende tiene un impacto directo en su estructuración propiamente dicha, que se articula en una serie de niveles diferenciados, pero íntimamente relacionados entre sí.

La ciencia militar rusa fue la primera en dar forma clara a lo que Clausewitz ya había vislumbrado en su obra: la existencia de un nivel intermedio que gestione las tensiones entre la motivación política originaria y la acción intrínsecamente destructiva de la táctica, lo que hoy conocemos ampliamente como nivel operacional.

Desde Mikahil Tukhachevskii al comienzo del siglo XX y el consecuente desarrollo de la teoría de las operaciones profundas, los rusos lograron congeniar adecuadamente la conformación secuencial y simultánea que caracteriza a este nuevo nivel (Naveh, 1997).

Sin embargo, al iniciar la invasión a Ucrania, parece que los rusos no tuvieron en consideración lo que el desarrollo de su ciencia militar les había permitido comprender más de cien años antes.

La concepción inicial estaba sustentada en una serie de agrupaciones que, desde varios ejes de avance simultáneos, proyectaban sus fuerzas hacia la profundidad del territorio ucraniano.

Este sistema de agrupaciones concebido por Rusia, que anuló la existencia del nivel operacional, resulta llamativamente paradójico considerando que fueron pensadores militares rusos los que, finalizada la Primera Guerra Mundial, pudieron materializar lo que Clausewitz ya había insinuado cien años antes.

Ya a comienzos de la segunda década del siglo XX, el Mariscal Mikhail Tukhachevsky pregonaba que los niveles de desarrollo tecnológico obligaban a reemplazar el concepto de batalla decisiva empleada hasta el momento por una serie de operaciones profundas y sucesivas que paralizaran la capacidad de respuesta enemiga.

Este concepto de operaciones en profundidad fue desarrollado años más tarde con mayor substancia por un discípulo suyo, Vladimir Triandafillov, en su trabajo titulado *Características de las operaciones de los Ejércitos modernos* (1929).

En sintonía con esto, Sergei Kamanev, que alcanzó el cargo de comandante en jefe del Ejército Rojo, postulaba que para derrotar a un enemigo era necesario alcanzar una serie de victorias conectadas en el tiempo y en todos los frentes.

Establecía también que la conducción ininterrumpida de operaciones era la condición principal para la victoria (Campos Robles, 2018: 6).

De igual manera, Alexander Svechin estableció como definición del arte operacional «la totalidad de maniobras y batallas en una parte dada de un teatro de acción militar dirigida hacia el logro de la meta común, establecida como final en el periodo dado de la campaña» (Blythe, 2018: 40).

Como último punto de este progreso teórico que evidencia la impronta del pensamiento militar ruso se encuentra el trabajo de Georgii Isserson, quien en 1932 publicó su libro *Evolución del Arte Operacional* (Isserson, 1976), donde ya expresaba la primacía del empleo combinado de fuerzas blindadas y poder aéreo.

Para Isserson, la victoria solo era posible a través de operaciones potentes en profundidad, sucesivas y simultáneas en tiempo y espacio, descartando de plano toda propensión a una estrategia lineal para abocarse absolutamente a una estrategia en profundidad (Campos Robles, 2018: 7).

Toda esta evolución del pensamiento militar ruso fue adoptada como doctrina por el Ejército Rojo, primero con el concepto de batalla profunda en el año 1933 y, ahondando más, con la promulgación doctrinaria en 1936 de las denominadas operaciones profundas varios años antes que los alemanes llevaran estos conceptos a la excelencia a través de su interpretación como *blitzkrieg*.

En la ejecución de la denominada operación militar especial, Rusia pareció darle la espalda al vasto legado de su pensamiento militar al organizarse en agrupaciones que operaban de forma autónoma entre sí y responder directamente al nivel político-estratégico en Moscú, lo que en la práctica anuló las implicancias del nivel operacional.

Para el mes de abril, la progresión de la ofensiva rusa, tan distante de las estimaciones iniciales, motivó un replanteo y una reestructuración en sus niveles de conducción que también se reflejó en la organización de su estructura de mandos.

Así es como, para mediados de ese mes, el nombramiento del general Aleksandr Dvornikov como comandante conjunto de las operaciones materializó formalmente la instauración del nivel operacional y dio por terminado definitivamente el sistema de agrupaciones autónomas.

Sin embargo, el análisis de los hechos que se sucedieron nos permite inferir que la influencia política en la autonomía operacional se mantuvo como una constante.

Es posible interpretar, como síntoma de esa excesiva injerencia política, el sucesivo reemplazo del comandante operacional, lo que expone cierta rigidez en la concepción política y una relativa intolerancia a las visiones divergentes.

Como se expresó antes, en el mes de abril se sustituyó el sistema de agrupaciones y se instituyó la figura de un comandante operacional en la figura del general Aleksandr Dvornikov.

Sin embargo, poco más de dos meses después, en junio, el general Aleksandr Dvornikov fue reemplazado por orden del presidente Putin y en su lugar el coronel general Gennady Zhidko asumió el comando operacional.

El coronel general Zhidkov se mantuvo en su cargo hasta el mes de octubre, cuando fue reemplazado por quien hasta el momento había sido el comandante de las fuerzas aeroespaciales y del grupo de ejércitos sur, el general Sergey Surovikin.

Finalmente, el 11 de enero de 2023, el general Surovikin fue a su vez reemplazado por el afamado general Valery Gerasimov y fue degradado al cargo de adjunto del nuevo comandante.

El general Gerasimov es, desde el año 2012, jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de Rusia, además de ser primer viceministro de Defensa, cargos que lo posicionan como el exponente natural del nivel estratégico-militar.

Desde la perspectiva ucraniana, la relación entre dirección política y conducción militar presenta una concepción más armoniosa en una interacción más concordante con el precepto de lógica superior que se expresa por medio de una gramática autónoma.

En el nivel político, Ucrania ha demostrado una gran capacidad para usar todos los instrumentos de poder a su disposición orientados sinérgicamente a obtener sus objetivos trascendentales.

En primer lugar, el sobresaliente empleo de la diplomacia le permite asegurarse el respaldo casi unánime de la comunidad internacional, asignando inequívocamente los roles de Estado agredido y Estado agresor.

También se ha destacado en la gestión del instrumento de poder social. Si bien una causa como la supervivencia nacional trae aso-

ciado de manera inherente un profundo incentivo para la lucha, la dirección política ha logrado orientarla y emplearla de manera efectiva.

La resistencia civil en ciudades que fueron prácticamente arrasadas como Jersón, Jarkov, Berdyansk, Severodonetsk, Mariupol o Bahkmut son un ejemplo claro de lo determinante que el factor social puede ser en el conflicto, más aún considerando las erróneas previsiones iniciales rusas que presagiaban una acogida positiva de sus fuerzas.

De igual manera, la información como instrumento de poder también fue dirigida de manera notable por la dirección política, con una apertura casi irrestricta al acceso a la información —una posición completamente antagónica a la rusa— que ha logrado instalar y reforzar su narrativa.

La proliferación de imágenes y videos que evidencian los excesos de las fuerzas rusas, cuando no directamente violaciones flagrantes al derecho internacional de los conflictos armados, sumado a la difusión de los testimonios de pobladores de ciudades reconquistadas ha permitido imponer el mensaje ucraniano como único, negándole a Rusia toda posibilidad de disputa en este ámbito.

Por último, es necesario examinar en profundidad la relación entre dirección política y conducción militar, la cual, en vista de los sucesos analizados, evidencia también algunas características particulares.

En primer lugar, esta relación parece aproximarse más al marco ideal clausewitziano de la guerra como un lenguaje particular de la expresión política a la vez que se observa a esa dirección establecer unos objetivos propios de su nivel, vinculados a la supervivencia del Estado y liberando a la conducción militar para su ejecución autónoma.

La concepción operacional planteada por Ucrania se centró en una defensa móvil que impida a las fuerzas invasoras concentrar sus fuerzas contra un enemigo fijado en el terreno a sabiendas de que la inferioridad relativa de su poder de combate imposibilitaba cualquier intento de ofrecer una batalla decisiva.

Es posible considerar la ejecución inicial de una maniobra operacional atomizada basada en acciones ofensivas de pequeña envergadura lanzadas sobre los enormes flancos estratégicos que exponían los ejes de avance ruso en su progresión.

Esta maniobra atomizada se vio significativamente favorecida por el evidente desprecio ruso al enfoque de nivel operacional integrador a su maniobra, lo que se proyectó en líneas de invasión inconexas que renunciaron de manera unilateral a su apoyo mutuo.

Estas acciones ofensivas sobre las líneas de comunicación fueron muy efectivas para degradar la potencia de combate de la ofensiva rusa, ya que provocaron que alcanzarán su punto culminante mucho antes de poder obtener sus objetivos y los obligó a ejecutar una pausa operacional primero y un repliegue ordenado después, principalmente en su eje norte.

Sin embargo, a medida que el frente general tendía a su estabilización, la maniobra operacional ucraniana se vio también neutralizada en igual proporción al perder la capacidad de acceder a los flancos estratégicos.

Es preciso resaltar también otro aspecto particular de la conducción militar ucraniana que, en cierta forma, comparte con la conducción militar rusa: el solapamiento de los niveles estratégico y operacional.

El general Valerii Zaluzhnyi, como jefe de las Fuerzas Armadas de Ucrania y miembro del Consejo de Defensa y Seguridad Nacional, materializa el nivel estratégico militar en el sistema ucraniano y, al mismo tiempo, está a cargo de la conducción operacional de la guerra.

No obstante, a diferencia del caso ruso, donde el solapamiento de niveles se da a consecuencia de una intromisión del nivel estratégico en el nivel operacional, en Ucrania parece más bien un avance del nivel operacional sobre el nivel estratégico.

Esto se sustenta en que, como Ucrania vinculó su objetivo político a la supervivencia del Estado, obligatoriamente la totalidad del instrumento militar se ve comprometido en la lucha porque una derrota dejaría sin sentido su existencia.

### **3. Visualización, intermediación, libertad de acción**

En el apartado anterior se han desarrollado los conceptos referidos a la vinculación entre dirección política y conducción militar en base a la concepción de sujeción lógica de una gramática autónoma y cómo cualquier desviación en los parámetros de esa relación tiene un impacto directo en el devenir bélico.

Es importante analizar y comprender las herramientas que tiene a su disposición el comandante operacional para transformar su capacidad de intermediación entre la dependencia política y la propia realidad del teatro a través de un planeamiento que plasme su visualización como instrumento de la libertad de acción.

Esa capacidad de intermediación del comandante operacional le permite gestionar las tensiones entre lo propiamente exógeno al teatro y las variables endógenas al mismo para conseguir los objetivos planteados.

Del tratamiento de esas condiciones exógenas es lo que abarca el primer apartado mientras que el estudio de las variables endógenas constituye el escalón siguiente.

Se pretende articular el análisis sucesivo de estas variables desde su producto final, la libertad de acción, desde la visualización del comandante como su instrumento natural y su inserción en el planeamiento como método que los contiene.

### 3.1. Libertad de acción

Para iniciar con el estudio de esta variable se hace imprescindible comprender su significado. Para ello, la doctrina militar nos ofrece una definición clara de libertad de acción:

«Es la posibilidad de decidir, preparar y ejecutar los planes a pesar de la voluntad del adversario. El mando procurará conservarla a todo trance y, si la pierde, tratará de recuperarla lo antes posible. Requiere capacidad de conocer al adversario, el entorno y los medios propios. El arte militar consiste fundamentalmente en la lucha por alcanzarla» (Ministerio de Defensa, 2019).

Desde su misma definición se hace evidente la importancia gravitante que tiene la libertad de acción en la guerra, ya que en esencia consiste en una búsqueda constante por retener el dominio de la voluntad propia y, en palabras del propio Clausewitz, «la guerra es pues un acto político para obligar al contrario a hacer nuestra voluntad» (Clausewitz, 2014: 17).

Por ello, la libertad de acción del comandante operacional es esencial para el éxito de la campaña, porque no hay otro camino para alcanzar los objetivos estratégicos que no sea a través de la ejecución de operaciones concatenadas en tiempo y espacio que respondan integralmente a nuestra voluntad.

Es un concepto trascendental que otorga al comandante las herramientas necesarias para tomar decisiones rápidas y efectivas en un ambiente operacional comúnmente caracterizado por su «complejidad caótica carente de unidad; una complejidad desintegrada difícil de aprehender» (Valdés Guía, 2021: 298).

La libertad de acción implica que el grado de autonomía está en disposición del comandante operacional para adoptar resoluciones o tomar decisiones minimizando las restricciones que la situación le impone.

Minimizar estas restricciones no implica negar su existencia. La autonomía en el ejercicio del comando nunca es absoluta porque la propia decisión de hacer la guerra no depende de él, sino que es facultad de la dirección política que, como entidad superior, determina también los límites en su ejecución.

Más allá de las restricciones políticas que están intrínsecas en la decisión de hacer la guerra, el comandante operacional se enfrenta a otras múltiples limitaciones en su autonomía.

Algunas de esas limitaciones revisten un carácter legal, como el debido respeto al derecho internacional de los conflictos armados, otras son de carácter físico, por imposición de la geografía y del ambiente, y otras son las impuestas por el enemigo quien, como voluntad inteligente que se nos opone, persigue afanosamente su propia libertad de acción.

También reviste singular importancia la capacidad del propio comandante para otorgar el grado de libertad de acción a sus mandos componentes en la misma proporción que lo necesita para él.

En este sentido, ya a mediados del siglo XX, el entonces comandante en jefe del Ejército de Estados Unidos en Europa, el general Bruce Clarke, advertía que «en la medida que la batalla se torna más compleja e impredecible, las responsabilidades deben ser cada vez más descentralizadas. Esto exigirá que todos los comandantes ejerzan iniciativa, ingeniosidad e imaginación, operando con libertad de acción relativa» (Carpenter, 2022: 47).

De igual modo, una comprensión situacional profunda en tiempo real se presenta también como indispensable para otorgar al comandante operacional la libertad de acción requerida.

El cabal entendimiento de la intención determinada por el nivel político y el nivel estratégico y de los objetivos perseguidos serán

también la herramienta fundamental para la correcta aplicación de la libertad de acción en este nivel.

Si el comandante tiene claro lo que se espera de él y de sus fuerzas, podrá poner en práctica una mayor autonomía en su conducción operacional; por oposición, una intención del nivel superior ambigua podrá socavar toda pretensión de soberanía en este aspecto.

Cuando es el propio comandante quien establece una intención ambigua u objetivos que no están definidos inequívocamente se está implícitamente autolimitando su soberanía operacional. Holder (1990: 28) establece que «cuando hacemos esto, omitimos el elemento unificador del plan, la idea que lo une todo, que es el concepto del comandante en cuanto a lo que él quiere que suceda y cómo planea cumplir su meta».

### 3.2. La visualización

La visualización del comandante operacional constituye, sin duda alguna, uno de los instrumentos más significativos a su disposición para configurar una solución innovadora y creativa al problema operativo que se le presenta.

Visualizar implica representar intelectualmente una situación que aún no se encuentra presente en la realidad, identificando de manera anticipada los factores que la conforman, cómo se relacionan entre sí y cuál es, en definitiva, su interdependencia.

La visualización del comandante operacional es un instrumento de aplicación trascendental en el planeamiento de operaciones militares que tiene un impacto directo en su posterior ejecución.

A lo largo de la historia, varios autores han destacado esa concepción intelectual del comandante. El mismo Clausewitz (2014: 63) reconocía su extrema relevancia al afirmar en el capítulo tercero de su Libro I, dedicado al genio militar, que:

«Lo que aquí se reclama a las fuerzas superiores del espíritu es unidad y juicio, ascendidas hasta una fantástica visión que en su vuelo afecta y supera mil ideas en penumbra que un entendimiento habitual solo saca a la luz con mucho esfuerzo, y que le agotarían. Pero esta actividad superior del espíritu, esa mirada del genio no se convertirá en manifestación histórica si no le apoyaran las cualidades del carácter y el ánimo».

Más de veinte siglos antes, Sun Tzu relacionó en igual grado la visualización con la planificación antes de librar la batalla, integrando intelectualmente las condiciones que le impone el terreno, las debilidades y fortalezas que tiene el enemigo y las propias fuerzas.

Al referirse a la capacidad de visualización del comandante, Sun Tzu expresó que «todo el mundo elogia la victoria en la batalla, pero lo verdaderamente deseable es ver el mundo de lo sutil y darte cuenta del mundo oculto, hasta el punto de ser capaz de alcanzar la victoria donde no existe forma» (2003: 7).

El coronel de la Fuerza Aérea norteamericana y pensador militar moderno John Boyd (1964) fue el creador de la teoría del bucle OODA (observar-orientar-decidir-accionar), que explica el proceso intelectual que se desarrolla en la mente en el momento de tener que tomar una decisión.

Dentro de este proceso, la fase de orientación es la que reviste mayor importancia porque define directamente nuestra interacción con el entorno y es aquí donde la visión del decisor adquiere una relevancia vital.

En esta orientación, la relación creativa de todos los factores intervinientes permite configurar la imagen o el esquema de una solución innovadora. Su desarrollo constituye el punto crítico que determina la victoria o la derrota.

En la figura 3 se puede observar de forma gráfica el bucle OODA, donde se evidencia cómo la fase orientación contiene el proceso

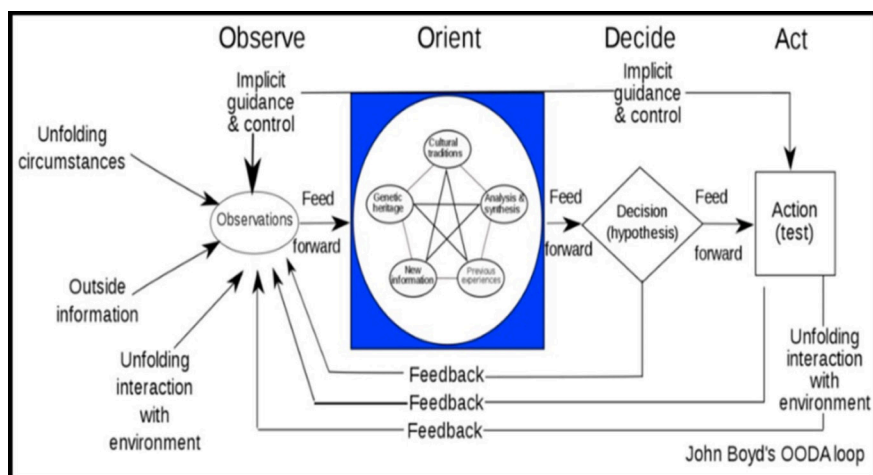


Figura 3. Desarrollo del bucle OODA. Fuente: Boyd, 2023

creativo que implica visualizar una solución apta, factible y aceptable para la situación que se enfrenta.

A la importancia que tiene la fase de orientación como marco que sustenta la visualización creativa del decisor también se refiere Bousquet (2014: 182) al afirmar que:

«Boyd (2023) distingue dos procesos diferentes que ocurren durante la orientación: análisis (comprensión de las observaciones en el contexto de patrones de conocimiento preexistentes) y síntesis (creación de nuevos patrones de conocimiento cuando los patrones existentes no permiten la comprensión necesaria para hacer frente a circunstancias nuevas)».

De igual modo, Bungay (2011) destaca la importancia de la capacidad del comandante de visualizar intelectualmente escenarios diversos a partir de los cuales prever las resoluciones adecuadas y las órdenes requeridas, maximizando la adaptabilidad y la flexibilidad de la actuación.

La visualización lleva implícita la capacidad del comandante para imaginar el desarrollo de la operación desde el inicio de su planeamiento hasta la obtención de los objetivos que la motivan.

Esto le permite identificar de forma anticipada aquellos momentos o sucesos que irremediablemente conllevarán la toma de una decisión, evaluando para cada circunstancia los distintos escenarios que se pueden presentar y las consecuencias de cada uno de ellos.

La visualización constituye un instrumento sustancial para obtener el éxito en la ejecución de las operaciones puesto que brinda al comandante una comprensión profunda del estado situacional y de las acciones necesarias para obtener los objetivos estratégicos.

Un caso histórico que materializa la trascendencia de la visualización lo encontramos en el general George Patton (2016) y la magistral maniobra de su Tercer Ejército para incidir sobre la base de la saliente que la contraofensiva alemana había logrado establecer en la región de las Ardenas.

Esta última gran contraofensiva alemana se lanzó el 16 de diciembre de 1944 sobre Bélgica con punto de aplicación en el puerto de Amberes y con la intención de provocar una brecha entre las fuerzas aliadas que produjera su disloque.

La acción ofensiva de la Wehrmacht tomó por sorpresa al alto mando aliado y la velocidad de su progresión inicial puso en serio compromiso la estabilidad del frente.

Sin embargo, esta sorpresa generalizada no alcanzó al general Patton, quien desde los primeros días del mes de diciembre había comenzado a estudiar posibles acciones para neutralizar cualquier intento de contraataque alemán de envergadura.

Más allá del brillante asesoramiento de su oficial de inteligencia, el coronel Oscar Koch, el general Patton pudo identificar indicios de la inminente acción ofensiva alemana que para el resto del mando aliado habían pasado desapercibidos.

Ante este cuadro, en la reunión de altos mandos realizada el 19 de diciembre de 1944 para evaluar la situación, el general Patton aseguró tener la capacidad de incidir sobre la base de la saliente ofensiva con tres divisiones para el día 22 de diciembre y completar un ataque generalizado con seis divisiones más para el día 25.

La confianza evidenciada por Patton se contraponía al escepticismo generalizado en el resto del alto mando, puesto que esta operación implicaba, en tres días, romper el contacto del Tercer Ejército que se encontraba en progresión hacia el este, realizar un giro de noventa grados en su avance e iniciar el movimiento de cientos de kilómetros hacia el norte de una organización que superaba los cien mil hombres y los mil trescientos vehículos al tiempo que cada metro en esta nueva dirección incrementaba la exposición de su flanco estratégico.

Esta genial acción militar no se debió a la simple intuición o al golpe de vista táctico del comandante, sino que, por el contrario, responde a este proceso metodológico intelectual de visualización, fundamental para anticipar acciones y decisiones, unido a su capacidad de resolución y voluntad.

Un resumen de esta concepción la ofrece el propio general Patton (2016: 216) cuando afirma:

«El día 21 recibí un montón de llamadas telefónicas desde varias instancias superiores expresando preocupación respecto a mi capacidad para atacar con éxito con solo tres divisiones. Yo mantuve mi postura de que es mejor atacar de inmediato con una pequeña fuerza y conseguir la sorpresa que esperar y perderla».

### 3.3. Visualización y libertad de acción en el planeamiento

En el siguiente apartado se pretende hacer una valoración sobre cómo se implementan los conceptos de libertad de acción y visualización del comandante operacional en ese diálogo jerárquico con el nivel político enmarcado en el proceso de planeamiento.

En la actualidad, la Alianza Atlántica utiliza como instrumento de planeamiento el proceso de planeamiento de nivel operacional estipulado dentro de la *Comprehensive Operational Planning Directive* (COPD), que tiene una serie de características distintivas con respecto a los métodos anteriores.

La COPD confirma el papel destacado que tiene el comandante como figura central de la totalidad del proceso y contempla en su estructura una serie de hitos donde el comandante operacional tiene la potestad de presentar sus consideraciones en un ejercicio de diálogo directo con sus niveles superiores.

Sobre estos hitos se sustentan los niveles de libertad de acción y el alcance de su visualización, que determinarán, de igual manera, el grado de soberanía que podrá ejercer sobre el teatro.

Esta interlocución será dominada siempre por el nivel político debido a su capacidad de imposición para mantener el sentido y la coherencia de lo que se pretende lograr con el empleo de la fuerza. Sin embargo, a medida que esa facultad impositiva aumenta y profundiza, se resiente en proporción directa la autonomía del comandante para concebir y ejecutar las acciones que el propio teatro requiere.

Se aprecia entonces cómo el propio método de planeamiento contempla algunas instancias que permiten gestionar esa tensión que se genera entre la intención del poder político de maximizar su control sobre la acción bélica desde una perspectiva externa y la necesaria autonomía que requiere el comandante para desenvolverse en un sistema que debe ser analizado y comprendido internamente.

Es posible analizar la manera en la que cada fase de la COPD facilita, permite o condiciona esa comunicación bidireccional entre el comandante de nivel operacional con los niveles político-estratégico.

La fase 1 de la COPD, denominada *Initial Situational Awareness* (ISA), se encuentra enfocada en el análisis de aquellos factores

o parámetros de la situación que no se ajustan a lo deseado y permite vislumbrar la evolución de una probable crisis.

En esta fase 1, el comandante operacional tiene la primera interacción con el nivel superior a través de las consideraciones operacionales a la recomendación estratégica inicial (*Initial Strategic Military Advice*).

Estas consideraciones radicarán sobre la relación fuerza-espacio-tiempo en orden a la situación que se pretende alcanzar y serán el primer elemento a su disposición para tratar de influir en el nivel político/estratégico a fin de aumentar la primacía de su visión personal.

La fase 1 cumplirá su cometido de tres maneras diferenciadas: a través de una orden para continuar con el seguimiento de la crisis, lo que en la práctica equivaldría a una continuación de esta fase; el retorno a un estadio anterior para continuar monitoreando la situación por no ameritar una participación del instrumento militar o continuar con el planeamiento formal.

La fase 2, denominada apreciación operacional del entorno estratégico (*OASE, Operational Appreciation of the Strategic Environment*), se inicia con la recepción de una orden de alerta estratégica (*SWO, Strategic Warning Order*).

Esta fase 2 tiene dos pasos. El primero se dedica a la apreciación estratégica con la finalidad de desarrollar un entendimiento profundo de la situación en el nivel estratégico, así como también de los objetivos políticos y estratégicos perseguidos y del estado final deseado. El segundo paso permite considerar las respuestas militares elaboradas por el nivel estratégico y evaluar si la relación entre los fines perseguidos, las capacidades militares puestas a disposición y los modos previstos para su ejecución se da en un marco de armonía.

Para brindar el asesoramiento requerido, el comandante deberá considerar la viabilidad de alcanzar con cada una de estas opciones los objetivos de nivel operacional y estratégico que materialicen la situación final deseada.

Este segundo paso trascendental finaliza al elevar al nivel superior el asesoramiento operacional (*Operational Advice on MRO*) aprobado por el comandante sobre cada una de las opciones, con una valoración justificada de qué opción alcanza los objetivos en las mejores condiciones.

Ese asesoramiento operacional configura la última oportunidad del comandante para intentar asegurarse el máximo nivel de libertad de acción posible, así como de exponer de manera implícita algunas partes de su visualización de la operación, desde el inicio del planeamiento hasta la obtención de los objetivos pretendidos.

#### 4. Estudio de caso histórico: la guerra de las Malvinas

En los apartados precedentes se han desarrollado los conceptos teóricos que sustentan las relaciones entre los niveles de conducción político, estratégico militar y operacional, así como también se ha expuesto cómo el comandante puede maximizar su libertad de acción mediante el instrumento de la visualización.

Para lograr una mejor comprensión de los argumentos expresados, en este apartado se presentará un ejemplo histórico que materializa la relación en constante tensión entre la dirección política y la conducción militar y cómo la gestión de esa relación por parte del comandante tiene un impacto fundamental en la obtención de los objetivos.

Es necesario aclarar desde el primer momento que el presente estudio del ejemplo histórico se centra en el análisis de los aspectos referidos exclusivamente al campo de la conducción militar y prescinde de toda valoración que exceda este aspecto particular puesto que el poder político estuvo representado por un Gobierno militar *de facto*.

##### 4.1. Caso histórico: conducción operacional en la guerra de las Malvinas

La denominada guerra de las Malvinas fue un conflicto armado que enfrentó a Argentina y al Reino Unido por la soberanía de las islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur, y que se desarrolló entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982.

El conflicto tiene sus orígenes en la ocupación militar en enero de 1833 por parte del Reino Unido de las islas que, por continuidad geográfica y herencia natural de la soberanía española, sin duda pertenecen a la República Argentina.

Después de continuas reclamaciones en foros internacionales y resoluciones de la Organización de Naciones Unidas (ONU) que exhortaban a ambos países a entablar conversaciones para resol-

ver la cuestión de la soberanía y que fueron históricamente ignoradas por el Reino Unido, el 2 de abril de 1982 Argentina ejecutó una operación militar que puso fin a casi ciento cincuenta años de ocupación.

Las islas Malvinas y sus archipiélagos circundantes constituyen una región geográfica de relevante valor estratégico puesto que, más allá de las grandes reservas de recursos de las que disponen, conforman una plataforma de proyección natural del control sobre el continente antártico y sobre el pasaje de Drake, única vía de comunicación entre los océanos Atlántico y Pacífico alternativa al canal de Panamá.

Una cabal comprensión de los aspectos particulares que caracterizó la relación político-militar en este conflicto no puede estar exenta de un entendimiento general de las maniobras operacionales desarrolladas por cada uno de los contendientes. En ese sentido, la figura 4 nos muestra el concepto operacional ejecutado por las fuerzas argentinas en la campaña por la recuperación de las islas.

En el momento las operaciones militares, el nivel político en Argentina era detentado por una junta militar que ejerció el poder desde el golpe de Estado ejecutado el 24 de marzo de 1976 que impuso el autodenominado proceso de reorganización nacional. La citada junta militar estaba integrada por los comandantes en

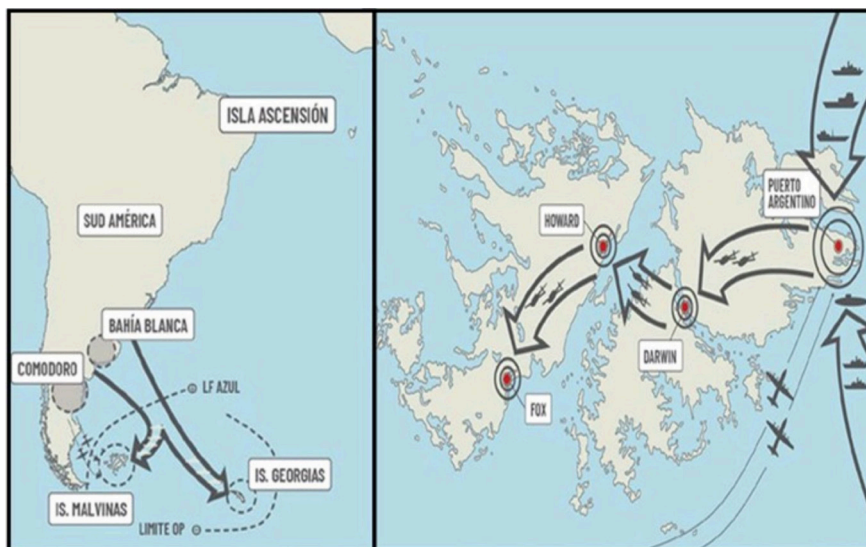


Figura 4. Concepto de maniobra operacional de las fuerzas argentinas.  
Fuente: Trejo, 2022

jefe de cada una de las Fuerzas Armadas, que constituirían un cuerpo colegiado que debía adoptar sus resoluciones por consenso interno, más allá de que el representante del Ejército siempre ostentara la figura de presidente.

El nivel estratégico militar era ejercido por el Estado Mayor Conjunto, una organización instituida como consecuencia de las experiencias obtenidas de la Segunda Guerra Mundial, pero que no había logrado una evolución adecuada de sus funciones y representaba más bien una formalidad, puesto que cada una de las Fuerzas Armadas retenían para sí una autonomía absoluta.

Esta estructura de toma de decisiones donde el poder sectorial militar detentaba las funciones del poder político conforma la esencia misma de todos los errores cometidos en la dirección política de la guerra, con la previsible consecuencia de un avasallamiento de las funciones y competencias propias de los niveles estratégico militar y operacional.

#### 4.1.1. Desprecio por los órganos de planeamiento formales

El primero de estos ejemplos de distorsión entre los niveles de conducción se materializa cuando, el 12 de enero de 1982, la junta militar determinó la constitución de una comisión de trabajo con el objeto de «analizar la previsión del empleo del poder militar para el caso Malvinas, con un enfoque político-militar que especificara los posibles modos de acción» (Comisión de Análisis y Evaluación de las responsabilidades en el conflicto del Atlántico Sur, 1983: 53).

En esta comisión de trabajo se integró un oficial superior de cada una de las Fuerzas Armadas e inició formalmente su trabajo en los últimos días de ese mes de enero. La orientación general expresada en el párrafo anterior fue la única directriz recibida del nivel político, por lo que debieron fijarse ellos mismos sus objetivos.

De igual manera, el estricto secreto impuesto en la confección de este planeamiento derivó en la imposibilidad de disponer de colaboradores o asesores externos, por lo que la totalidad del trabajo recayó en sus propios integrantes, llegando al extremo de que todos los documentos producidos se hacían de manera manuscrita.

Este acontecimiento inicial marcó el primero de los hitos en el que el nivel político distorsionaba su relación con los niveles estraté-

gico militar y operacional, puesto que existía toda una organización como el Estado Mayor Conjunto que componía el ámbito natural donde debía desarrollarse ese tipo de planeamiento, ya que disponía de la organización, idoneidad y estructura interna para desarrollarlo.

La desconsideración evidenciada hacia el elemento que conformaba el nivel estratégico militar produjo que todo el planeamiento de la campaña recayera únicamente en tres personas, lo que privó de la posibilidad de que el problema operativo fuera analizado por especialistas en cada campo interviniente, se sopesaran las múltiples soluciones que pudiesen obtenerse y se desarrollaran los planes de forma adecuada.

#### 4.1.2. Modificación de plazos

En segundo lugar, la distorsión generada por el poder político también se materializó en la modificación de los plazos de ejecución de la operación previstos. La comisión de trabajo inició su planeamiento con la previsión de ejecutarla para no antes del 9 de julio de ese año, 1982.

Durante la segunda quincena de febrero se adelantó la fecha de ejecución para no antes del 15 de mayo, con un preaviso no menor de quince días. Estas modificaciones se imponían mientras seguía vigente el estricto secreto que implicaba no poner en alerta al nivel operacional y a las eventuales fuerzas tácticas para que puedan iniciar su propio planeamiento.

Finalmente, y precipitado por el incidente con los obreros argentinos en la islas Georgias, el 26 de marzo la junta militar ordenó el inicio de las acciones para el 1 de abril de 1982, que se podían posponer al 2 o al 3 si las condiciones meteorológicas lo imponían.

De lo expuesto se desprende que, por imposiciones del nivel político relativas al secreto y a la fecha de la ejecución, el nivel operacional dispuso solo de seis días para la preparación de una campaña que implicaba la proyección de fuerzas a un teatro insular distante 600 km, su sostenimiento limitado a medios navales y aéreos y la ejecución de acciones decisivas para defender los territorios recuperados ante la tercera potencia militar del mundo en esa época.

Referido a esto, la propia Comisión de análisis y evaluación de las responsabilidades en el conflicto del Atlántico Sur (1983: 317) expone específicamente que el nivel político fue responsable de

«conducir a las Fuerzas Armadas, como consecuencia de un planeamiento apresurado, incompleto y defectuoso, a un enfrentamiento para el cual no se hallaban preparadas ni equipadas, contribuyendo con ello a la derrota militar».

#### 4.1.3. Determinación del teatro de operaciones

El nivel político intervino también de forma excesiva y nociva sobre las atribuciones del nivel operacional al designar dos comandos diferentes de ese nivel para el planeamiento y conducción de lo que en verdad fueron dos fases sucesivas de una misma campaña, ya que determinó la creación, el día 26 de marzo de 1982, del teatro de operaciones Malvinas (TOM) para la ocupación y reconquista de las islas, que el día 7 de abril desactivó y lo reemplazó, con una configuración, atribuciones y delimitación geográfica diferente, por el teatro de operaciones atlántico sur (TOAS).

Esta situación inédita de desactivar un comando operacional y activar otro diferente en su reemplazo por el solo hecho de haber completado una fase del plan de campaña atenta directamente contra la libertad de acción de la que ese comandante operacional puede disponer y anula directamente toda posibilidad de concebir y aplicar su visualización a la solución del problema militar que debe afrontar.

En relación a esta disfunción generada por el nivel político, hay otro aspecto que, si bien no es concluyente por ser la conducción de nivel operacional una función de naturaleza integradora, no deja de ser un ejemplo revelador: se designó como comandante del teatro de operaciones Malvinas<sup>1</sup> a un general de división del Ejército con la responsabilidad de diseñar y conducir una maniobra eminentemente naval y anfibia y, de igual modo, se nombró como comandante del teatro de operaciones Atlántico Sur<sup>2</sup>, cuyo esfuerzo principal se centraba en la defensa del terreno por parte del componente terrestre, a un vicealmirante de la Armada.

#### 4.1.4. Impedimento para el uso de la fuerza

La guerra de las Malvinas constituye otro hito inédito en la historia de los conflictos armados por el hecho de que se decidió

---

<sup>1</sup> El general de división Osvaldo García fue designado el 26 de marzo de 1982 como comandante del teatro de operaciones Malvinas.

<sup>2</sup> El vicealmirante Juan Lombardo fue designado el 7 de abril de 1982 como comandante del teatro de operaciones Atlántico Sur.

emplear el instrumento militar que, como en cualquier nación del mundo, se encuentra diseñado, organizado, equipado e instruido para producir energía cinética destructiva sobre los sistemas de otro actor al cual el poder político enemigo ha conferido el estatus de enemigo.

En este caso histórico, el poder político le impuso al instrumento militar la obtención de sus objetivos con la prohibición absoluta del uso de la fuerza y la producción de bajas al enemigo, lo que implícitamente lleva aparejado la anulación de su misma esencia, su característica intrínseca y trascendente que lo tipifica y diferencia de cualquier otro instrumento de poder.

Una organización militar privada unilateralmente de su poder de destrucción se convierte entonces en un remedo, una imitación burlesca que conserva las formas de la apariencia pero que ha perdido su sustancia, quedando reducida a un potencial que, por la ausencia de acción, pierde incluso su potestad disuasoria.

Este imperativo político que materializó el avasallamiento sobre las facultades propias del instrumento militar se evidenció en una serie de obligaciones que se iniciaron con la misma elaboración del plan de campaña esquemático para la recuperación de las islas usurpadas, derivado de la Directiva Estratégica Nacional (DENAC) 01/82, que imponía expresamente la ejecución de una operación anfibia incruenta para el enemigo que evitara a cualquier costa el derramamiento de sangre inglesa y la afectación en cualquier forma de la propiedad privada.

Un segundo evento en este sentido se presentó cuando el nivel político anuló la orden expresa emitida por el comandante de operaciones Navales a los buques de guerra ARA<sup>3</sup> (Armada de la República Argentina) Granville y ARA Drummond de atacar al buque de la Royal Navy Endurance si este accionaba sobre los ciudadanos argentinos apostados en las Georgias del Sur.

De igual manera, el poder político prohibió expresamente el empleo de sus armas al submarino ARA San Luis cuando este fue empeñado para patrullar la zona de exclusión impuesta por las fuerzas británicas de 200 millas náuticas alrededor de las islas Malvinas. El submarino ARA San Luis ejecutó esta operación de patrullaje desde el 2 de abril hasta el día 30 del mismo mes, infil-

---

<sup>3</sup> ARA. Designación que se le otorga a los navíos que son patrimonio de la Armada de la República Argentina.

trado entre los navíos de la *task force* enemiga e imposibilitado del uso del armamento.

Todas estas acciones derivadas del más alto nivel de la conducción nacional constituyen una intromisión desmesurada dentro de las funciones propias de la conducción militar y solo pueden ser entendidas en el marco de una comprensión equivocada del ambiente estratégico que fue bien definida por el Almirante norteamericano Harry Train<sup>4</sup> (1987: 231) al decir que «la guerra de las Malvinas mostraba el desarrollo de un conflicto durante el cual el bando argentino actuaba todavía según las reglas para el manejo de crisis, mientras el bando británico ya estaba en guerra, fenómeno político-militar este nunca acaecido antes en la moderna historia militar».

La aseveración de este alto oficial superior americano no hace más que remitirnos a la implacable definición del genial pensador prusiano Clausewitz (2014: 33) cuando refiere que «el primer acto, el más grandioso, el más decisivo acto de juicio que practica el estadista y general es situar correctamente la guerra que se emprende, no tomarla por algo o querer convertirla en algo que no puede ser».

Esta premisa trascendental que se consagra como principio básico para la dirección política y conducción militar tenía casi ciento cincuenta años de existencia al momento de desarrollarse el conflicto en el Atlántico Sur y era absolutamente conocida por el poder político argentino, pero su conocimiento no implica su cabal comprensión y las acciones, directrices y órdenes emanadas de este nivel son una indudable prueba de ello.

#### 4.1.5. Integración de los mandos componentes del teatro de operaciones Atlántico Sur (TOAS)

Las reiteradas intromisiones del nivel político en las competencias propias de la conducción militar tuvieron un impacto directo y significativo en el desarrollo de las operaciones. Sin embargo, la más determinante de todas ellas y la que decretó el resultado de la contienda, incluso aún antes de registrarse los primeros enfrentamientos, fue, sin lugar a duda, la integración de los mandos componentes en la organización del teatro de operaciones.

---

<sup>4</sup> Comandante de la flota del Atlántico y comandante supremo de la OTAN en el Atlántico al momento de desarrollarse el conflicto.

En la época en que se desarrolló el conflicto armado, la doctrina argentina contemplaba ya la aplicación conjunta de sus medios bajo un comando único representado en el comandante del teatro de operaciones.

Sin embargo, más allá de la existencia de esta doctrina conjunta, las Fuerzas Armadas argentinas jamás habían desarrollado una preparación para la guerra basada en este principio integrador y nunca se habían ejercitado con anterioridad bajo la concepción conjunta de manera que se asegurara la complementación de capacidades y la obtención de la sinergia como condición previa y necesaria para alcanzar los objetivos.

No obstante, las limitaciones operacionales argentinas no se acotaron a la ausencia de experiencia en la preparación conjunta, sino que, de manera mucho más grave, las decisiones adoptadas por el poder político suprimieron directamente los componentes marítimos y aéreos en la integración del teatro de operaciones Atlántico Sur y dejaron en su lugar meras representaciones simbólicas que no tenían capacidad para ejecutar acciones integradas que pudieran generar algún impacto operacional.

El 6 de abril de 1982 ya se esbozaron formalmente los primeros conceptos que reflejaban la reticencia del poder político a disputar el dominio del mar al enemigo, ya que no se le asignó capacidad a la Flota de Mar para enfrentarse a la flota británica y solo se consideró su empleo limitado a la configuración de una situación favorable, que sería aquella en que las fuerzas navales enemigas se encontraran aferradas en apoyo al desembarco.

Ese mismo 6 de abril, cuatro días después de ejecutar la operación de recuperación de las islas y casi al mismo momento que la propia *task force* británica zarpaba de su base en Portsmouth, el nivel político restringió severamente la libertad de acción y la visualización del comandante operacional al privarlo del empleo autónomo de su componente naval.

Considerando las características propias del teatro, principalmente su naturaleza insular, es posible advertir que con las consideraciones efectuadas ese día sobre no disputar el dominio del mar se selló el destino de toda la campaña y se condenó a la conducción militar a una derrota casi asegurada.

A partir de allí, la *task force* británica dispuso de absoluta libertad en el mar y ya el 12 de abril logró efectivizar la zona de exclusión

impuesta y el bloqueo y aislamiento de las fuerzas en las islas sin oposición argentina.

Finalmente, el 1 de mayo, la inteligencia argentina advirtió la posibilidad de configuración de esa situación favorable ante la inminencia de un desembarco y lanzó una maniobra naval de pinzas compuesta por dos grupos navales, uno por el norte encabezado por el portaviones ARA 25 de Mayo y otro desde el sur encabezado por el crucero ARA General Belgrano.

Las condiciones meteorológicas adversas, la confirmación de que no se encontraban en ejecución preparativos para un desembarco y la aversión al riesgo evidenciada en el máximo nivel político impuso la orden de replegar las fuerzas a aguas menos profundas y seguras.

En ese contexto, el día 2 de mayo y cuando los grupos navales llevaban más de catorce horas de navegación en dirección al continente y fuera de la zona de exclusión, un submarino de propulsión nuclear británico hundió al crucero ARA General Belgrano.

La consecuencia inmediata de esta acción fue la orden del 3 de mayo, convalidada por la junta militar, de replegar a sus puertos continentales a toda la Flota de Mar. A partir de ese momento, el comandante del teatro de operaciones perdió por decisión unilateral su componente marítimo completo. Esta decisión política de rehusar la lucha por el control del mar fue severamente reprendida por la comisión revisora del accionar en el conflicto.

En relación con la Fuerza Aérea, es necesario resaltar su destacable actuación, ya que infligió a las fuerzas británicas las pérdidas más graves sufridas desde la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, esto no se desarrolló en el marco de una acción conjunta integrada como la naturaleza del conflicto lo exigía, sino que, por el contrario, lo hizo de manera autónoma y sin vinculación con el comando del teatro de operaciones.

La junta militar que gobernaba en ese momento, integrantes a su vez del Comité Militar (COMIL), convalidó el 5 de abril la creación de la Fuerza Aérea Sur, a la que otorgó competencias para ejecutar operaciones bélicas ofensivas, defensivas y de transporte sin relación de comando con el teatro de operaciones.

Se repetía entonces el caso de que el propio comandante del teatro de operaciones Atlántico Sur se enteraba de las incursiones ofensivas de los medios aéreos en apoyo a sus fuerzas desple-

gadas en el momento en que se ejecutaban sobre blancos que él no había coordinado y cuyos efectos positivos tampoco podían ser debidamente aprovechados debido a esa ausencia de acción integrada.

Es así como se puede afirmar que el comandante del teatro de operaciones únicamente disponía del componente terrestre para conducir durante el desarrollo de la campaña y, aun así, en muchas oportunidades respondían directamente al nivel estratégico en el continente. Esta situación desvirtuaba completamente la figura del nivel operacional y, más allá de su existencia formal, implicaba una involución de más de cien años en la práctica del arte militar.

#### 4.1.6. Composición y distribución de las fuerzas

El último hito que ejemplariza este atropello del nivel político sobre las facultades y atribuciones propias del nivel operacional lo constituyen las medidas y órdenes adoptadas por quien en ese momento ejercía la presidencia de la República y referidas a la distribución de los esfuerzos para la ejecución de la maniobra defensiva.

Esta readecuación de la composición y distribución de las fuerzas tuvo un nulo impacto operacional, pero fue la demostración más elocuente y evidente del atropello ejercido por quienes debían dirigir políticamente la guerra.

Las islas Malvinas se componen geográficamente por dos islas principales que el Estado argentino denominó isla Soledad, al este, e isla Gran Malvina, al oeste y, por lo tanto, más próxima al continente. Se encuentran separadas por el estrecho de San Carlos y a su alrededor se ubican centenares de islotes de menor tamaño e inhabitados.

Su geografía define también su valor estratégico. En este sentido, la isla Soledad constituía la isla más importante puesto que en ella se asentaba su capital, Puerto Argentino, la casa del gobernador de las islas como representación simbólica del poder político, el principal aeropuerto operativo y también el principal puerto.

La isla más occidental, Gran Malvinas, representaba una gran extensión de territorio prácticamente deshabitado donde solo se encontraban algunos cascos de estancias dedicados a la cría de bovinos. A los fines prácticos, su ocupación no representaba ninguna ventaja táctica o estratégica.

El día 22 de abril de 1982 el teniente general Galtieri, que en ese momento ejercía la presidencia *de facto* del país, visitó las islas y sobrevoló el dispositivo defensivo.

Al regresar al continente, ordenó de forma unilateral y absolutamente inconsulta el despliegue de una tercera brigada de infantería por su consideración personal de que el despliegue militar era insuficiente y era necesario ejercer presencia en la isla Gran Malvina.

Esta decisión, tomada por la máxima autoridad política del país sin asesoramiento de ningún escalón de conducción militar, marcó el punto culminante de las equivocaciones y negligencias cuasi criminales cometidas.

## 5. Conclusiones

Finalizado el proceso de investigación desarrollado hasta este momento es debido poner en consideración las conclusiones más destacadas que se pueden obtener.

En primer lugar, se resalta la implicación trascendental que tiene la relación entre la dirección política de la guerra y su condición militar, toda vez que el grado y el modo en que estas variables se relacionan determinan en gran medida el resultado probable que se obtendrá de la acción bélica y que la figura en la cual se personifica la gestión de estas dos realidades diferentes es el comandante operacional.

La guerra es el fenómeno transformador social más importante de la humanidad y, como tal, existe una constante tensión entre el nivel que la concibe y que se sirve de ella como medio para un fin y el nivel implicado en su praxis propiamente dicha.

La política se sirve de la guerra para adaptar la realidad que percibe a la realidad que desea, la domina por ser un instrumento de su pertenencia, pero no le puede imponer la forma, el lenguaje o la manera sobre cómo desarrollarla, puesto que la guerra tiene una gramática que le es exclusiva y propia.

Los principios teóricos que sustentan esta relación tienen sus orígenes en los estudios sobre este fenómeno iniciados hace más de veinticinco siglos con las reflexiones esbozadas por Sun Tzu y han ido evolucionando junto con la humanidad, completándose y perfeccionándose con el paso del tiempo, pero manteniéndose

perennes en su esencia, en su naturaleza que los tipifica y los diferencia.

La actual guerra en Ucrania permite advertir cómo esa tensión política-militar conserva su plena vigencia y cómo tiene un impacto directo en el desarrollo de la empresa bélica. Esta relación sigue siendo la piedra basal sobre la cual se estructura la campaña y, en ese sentido, la figura del comandante operacional como puente vinculante entre estas dos realidades adquiere una trascendencia fundamental.

Al analizar el desarrollo de la campaña rusa se evidencia cómo el poder político ha traspasado las fronteras de la dirección, como su campo de acción, y ha avasallado el estadio propio de la conducción militar. En primer lugar al desprestigiar la figura de ese comandante operacional como único interlocutor válido entre ambos niveles e iniciar las operaciones con un orden de batalla configurado sobre la base de agrupaciones autónomas que, sin estar coordinadas bajo un comando único, respondían directamente al poder central en Moscú.

Este desprecio demostrado es doblemente llamativo ya que ha sido la evolución del arte militar ruso desde el desarrollo de la teoría de las operaciones profundas la que ha permitido determinar y desarrollar la figura del comandante operacional, que es el único capaz de interpretar las necesidades requeridas por el teatro de operaciones y armonizarlas con las directrices políticas recibidas.

Queda demostrado también, por medio del análisis de la operación rusa, que la guerra tiene un lenguaje propio que no puede ser rectificado o sometido ni siquiera por la presión política, la cual puede imponer sus directrices, pero no su praxis. Una organización militar, del nivel que se la considere, que ha sido diseñada, organizada, equipada e instruida, puesta a combatir en un determinado escenario geográfico que la condiciona y ante una fuerza inteligente que se le opone obtendrá un rendimiento que será el resultante de todos esos factores multiplicados por la capacidad de su conducción. Las imposiciones políticas y el avasallamiento de su realidad no modificará la situación o, en todo caso, lo hará negativamente.

De igual manera, el cambio de concepción rusa y la incorporación de un comandante operacional ha revelado también los rápidos límites que alcanza la interposición política cuando se excede,

aunque en este caso exhibió también la mínima capacidad de intermediación de la que han dispuesto los sucesivos militares rusos que ostentaban ese puesto. Los cuatro relevos de comandante producidos en poco más de siete meses revelan claramente el grado de soberanía inexistente que detentaban.

Pretender que apenas en cincuenta días de conducción un comandante pueda transformar la realidad existente de un teatro, adecuándola a la realidad deseada que implica la conquista entera de un país, es un ejemplo propio de que la gramática bélica no puede ser soslayada o directamente suplantada por el lenguaje político.

Por otro lado, la experiencia ucraniana revela como una armoniosa relación entre lo político y lo militar, donde el primero determina el interés que se debe preservar y el segundo elige y concreta la forma de implementarlo con un comandante operacional con capacidad de gestionar las tensiones producidas, constituye el hito primordial que sustenta la eficiencia en el desarrollo de la campaña.

Respecto a la acción propia del comandante operacional, vemos cómo su propia visualización de la solución al problema militar operativo al que se enfrenta constituye el instrumento esencial que fundamenta todas las acciones posteriores y establece por sí misma los límites de la libertad de acción que dispondrá y de la capacidad de intermediación que podrá ejercer.

Razonando la interrelación de estas variables desde una concepción matemática se puede concluir que la visualización determina la libertad de acción y que el producto de su multiplicación da por resultado la capacidad de intermediación de la que dispondrá el comandante. El paso inicial radica entonces en la capacidad que tenga el comandante para percibir los factores que condicionan la situación y, a través de ellos, representar intelectualmente la solución al problema operativo al que se enfrenta. La libertad de acción no puede reemplazar a la visualización puesto que no se puede ejercer la autonomía sobre algo que no se divisa.

De igual forma, visualización y libertad de acción determinan juntas el grado de intermediación por cuanto solo cuando el comandante puede concebir la solución y dispone de capacidad de decisión para aplicarla hace posible esa intermediación necesaria para la conducción de la campaña. Es relevante maximizar las oportunidades limitadas que presenta el proceso de planeamiento para asegurar la instrumentación de estas variables.

Por último, el estudio del caso histórico de las Malvinas refleja claramente el grado de intromisión del poder político sobre las atribuciones que son exclusivas del comandante operacional, así como también demuestra lo perjudicial que pueden llegar a ser esas intromisiones para la campaña militar.

En todo caso, el comandante militar también debe unir a su capacidad intelectual una fortaleza de espíritu que le permita hacer frente a estas intromisiones conservando intacta su soberanía dentro del teatro, puesto que es él quien sintetiza la comunión entre el interés político y las exigencias tácticas.

La conducción operacional de las Malvinas demuestra que, cuando el comandante carece de una visualización clara del estado final deseado y la traslada al planeamiento asegurando la libertad de acción, la campaña militar se encuentra irremediablemente perdida, mucho antes aún del primer contacto con el enemigo.

## Bibliografía

- Aron, R. (1987). *Pensar la Guerra, Clausewitz*. S. I.:Ediciones Gallimard.
- Banco Mundial* [en línea]. (2022). [Consulta: 2024]. Disponible en: <https://datos.bancomundial.org/indicador/MS.MIL.XPND.GD.ZS>
- Blythe, W. (2018). A History of Operational Art. *Military Review*, November-December, pp. 37-49.
- Bobbio, N. (1997). *El tercero ausente*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Bousquet, A. (2022). *The Scientific Way of Warfar: Orden or Chaos on the Battlefields of Modernity*. Londres: Hurst Publishers.
- Boyd, J. (1964). *Aerial Attack Study*, [en línea]. Australia: Air Power. [Consulta: 2024]. Disponible en: <https://www.ausairpower.net/JRB/boydaerialattack.pdf>
- . (2023). Ejemplos de OODA Loop para la toma de decisiones en los proyectos [en línea]. *PMIdeas*. [Consulta: 2024]. Disponible en: <https://pmideas.es/2019/09/ejemplos-ooda-loop-toma-decisiones-en-proyectos.html>
- Bungay, S. (2011). *The Art of Actio: How Leaders Close the Gaps between Plan Actions and Results*. Reino Unido: Nicholas Brealey.
- Calle, F. (2019). *El espacio sudamericano como zona de paz a preservar frente a factores de turbulencias intra y extra re-*

- gionales*. Buenos Aires: Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales.
- Campos Robles, M. (2018). El arte operacional ruso: de Tukhachevsky a la actual doctrina Gerasimov. *Instituto Español de Estudios Estratégicos*, 35, p. 6.
- Carpenter, T. (2022). Mando y control de las operaciones aéreas conjuntas a través del mando tipo misión. *Air & Space Power Journal*, pp. 47 - 61.
- Clausewitz, C. von (2005). *De La Guerra*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- . (2014). *De la guerra: versión íntegra*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Colás, X. (2023). Rusia sustituye al jefe de las fuerzas militares que combaten en Ucrania, cargo que asumirá Valeri Guerashimov. *El Mundo*, 11 enero.
- Creveld, M. V. (2007). *La transformación de la guerra*. Buenos Aires: Jose Luis Uceda Editor.
- Dromi, R. (2005). *El Derecho Público en la Hipermodernidad*. Buenos Aires: Ciudad Argentina.
- Dubik, J. (2016). *Just War Reconsidered: Strategy, Ethics, and Theory*. Kentucky: University Press of Kentucky.
- Echevarria, A. J. (2020). Clausewitz's Supreme Question: Reconsidering his Legacy. *Military Strategy Magazine*, pp. 4-7.
- EpData. (2023). Evolución de la ocupación rusa de Ucrania en el primer año. *EpData*.
- Fernandez Vega, J. (2005). *Las guerras de la política. Clausewitz de Maquiavelo a Perón*. Barcelona: Edhasa.
- Foucault, M. (1992). *Genealogía del racismo*. Madrid: La Piqueta.
- Frías Sanchez, C. J. (2022). Ucrania y el ejército ruso. Primeras impresiones (II). *bie3: Boletín IEEE*, pp. 1-13.
- Holder, L. D. (1990). Concept of the Operations: See Ops Overlay. *Military Review*, 8, pp. 27-34.
- Huntington, S. (1985). *El soldado y el Estado: teoría y política de las relaciones cívico-militares*. S. l.: Grupo Editor Latinoamericano.
- Instituto de Relaciones Exteriores. (2021). *Declaración Conjunta*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Isserson, G. (1976). *The evolution of the operational art*. EE. UU.: Combat Studies Institute Press.

- Keegan, J. (1995). *Historia de la guerra*. Barcelona: Planeta.
- Kiel Institute (2023). *Ukraine Support Tracker*. s. l.: s. n.
- Larson, E. V. (1996). *Casualties and consensus: the historical role of casualties in domestic support for U.S. military operations*. California: RAND.
- Levada, C. (2023). *Aprobación de Instituciones, calificaciones de políticos*. Levada Center.
- Maquiavelo, N. (1999). *El Príncipe* [en línea]. S. l: elaplep.com. [Consulta: 5 febrero 2023]. Disponible en: [https://ocw.uca.es/pluginfile.php/1491/mod\\_resource/content/1/El\\_principe\\_Maquiavelo.pdf](https://ocw.uca.es/pluginfile.php/1491/mod_resource/content/1/El_principe_Maquiavelo.pdf)
- Meny, I. y T. J. (1992). *Las políticas públicas*. Barcelona: Ed. Ariel.
- Ministerio de Defensa. (2019). *PDC - 00 Glosario de Terminología*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- NATO. (2021). *Allied Command Operations Comprehensive Operations Planning Directive*. NATO.
- Naveh, S. (1997). *In Pursuit of Military Excellence. The Evolution of the Operational Theory*. S. l.:Frank Cass.
- Patton, G. (2016). *La guerra como la conocí*. S. l.:Salamina.
- Prigogine, I. (1983). *¿Tan solo una ilusión?* Madrid: Tusquets.
- Reinel Sánchez, J. (2004). Una respuesta a la pregunta ¿Qué es la guerra? *Aposta - Revista de Ciencias Sociales*, 6.
- Rodríguez, M. F. (2010). Orígenes, problemas y paradojas de la integración latinoamericana. *Revista de Análisis Internacional*, pp. 155-182.
- Schadlow, N. (2017). *War and the art of the governance*. Washington, DC: Georgetown University Press.
- Schumpeter, J. A. (1994). *Capitalism, Socialism and Democracy*. S. l.: Routledge.
- Storni, S. (2009). *Intereses argentinos en el mar*. Buenos Aires: Armada Argentina.
- Thauby García, F. (1996). Escenarios Bélicos Futuros. Clausewitz. *Revista de Marina*, 4, pp. 374-381.
- Trejo, P. (2022). El Nivel Operacional y la Organización de los Teatros de Operaciones durante la Guerra de Malvinas. *Revista Visión Conjunta*, 14(26), pp. 16-30.
- Triandafilov, V. (1929). *Características de las operaciones de los ejércitos modernos*. S. l.: s.n.

- Tzu, S. (2003). *El Arte de la Guerra* [en línea]. [Consulta: 20 de marzo 2023]. Disponible en: <https://biblioteca.org.ar/libros/656228.pdf>
- Valdés Guía, P. (2011). La guerra como violencia de un orden. *Revista de la Inquisición (Intolerancia y Derechos Humanos)*, 15, pp. 231-242.
- . (2021). *La dirección de la guerra: conducción operacional y gobierno político de las operaciones militares*. S.l.: Tecnos.
- Vallejo, G. M. (2023). Maniobra táctica con objetivos operacionales. *Revista Ejército*.
- Villanueva, L. A. (1993). *Problemas Políticos y Agenda de Gobierno*. México: Ed. Miguel A. Porrúa.
- Zacher, M. (1992). *The Decaying Pillars of the Westphalian Temple: implications for international order and governance*. Cambridge: Cambridge University Press.